

Concurso Literario IngeniARTE

Durante la Semana de la Ingeniería 2019 la comunidad universitaria en general y la de la Facultad de Ciencias Exactas y Tecnología en particular, participó en distintos eventos culturales relacionados con el arte dentro del espacio IngeniARTE.

En el marco de los festejos de la Semana de la Ingeniería de la Facultad de Ciencias Exactas y Tecnología (FACET) de la Universidad Nacional de Tucumán (UNT), que se llevó a cabo del 4 al 7 de Junio de 2019, tuvo lugar un Concurso Literario como un espacio destinado a mostrar las producciones artísticas de la comunidad universitaria. El mismo tuvo como espíritu deponer la falsa dicotomía impuesta por la sociedad moderna entre las ciencias exactas y las humanidades que hoy nos plantea *¿Quieres ser un científico o un artista?* No hay dudas que se puede ser ambos.

Para la selección de los trabajos ganadores la organización contó con la invaluable colaboración de un

jurado compuesto por **María del Carmen Pilán**, doctora en Letras por la UNT e investigadora de la Secretaría de Ciencia, Arte e Innovación Tecnológica (SCAIT)/Consejo de Investigaciones de la UNT (CIUNT) en didáctica de lenguas extranjeras, **Máximo Hernán Mena**, doctor en Letras por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), becario postdoctoral del CONICET y colaborador de La Gaceta Literaria y **Jorge Daniel Brahim**, Ingeniero Civil, crítico literario, editor, ensayista, director editorial de El Pulso Argentino y colaborador de La Gaceta.

Luego de una ardua discusión, por el muy buen nivel de las obras presentadas, el jurado finalmente emitió su veredicto.



PRIMER PREMIO (género narrativo)

Obra: *¿Quién te lo ha prohibido?*

Autor: **Carla Thaís Carmena Serbena**. Estudiante de grado de la carrera de Ingeniería Mecánica de la FACET.

E-mail: carlacarmena17@gmail.com



SEGUNDO PREMIO (género narrativo)

Obra: *Inalterable*

Autor: **Emiliano José García Barraza**. Estudiante de grado en las carreras de Ingeniería en Computación y Programador Universitario de la FACET.

E-mail: desarrolloweb@ejgb.com.ar

**PRIMERA MENCIÓN** (género poesía)Obra: *La FACET y la Matemática*

Autor: **Armando Alfredo Danun**. Docente de la carrera de grado de Licenciatura en Matemática de la FACET.

E-mail: armando.danun@gmail.com**SEGUNDA MENCIÓN** (género narrativo)Obra: *Vecinas*

Autor: **Andrea Hongn**. Estudiante de grado de la carrera de Ingeniería Biomédica de la FACET.

E-mail: andeahongn@gmail.com

A continuación, se presentan las obras premiadas y desde la FACET va un merecido reconocimiento a toda la comunidad que participó con gran entusiasmo del espacio cultural.

¿Quién te lo ha prohibido?

Por **Carla Tháis Carmena Serbena**

Tienes ocho años cuando te empiezan a interesar las ciencias. Has visto en la juguetería un telescopio de juguete, parecido a los que en la clase de naturales te han dicho que sirven para ver las estrellas. Esperas con ansias tu cumpleaños, para sentirte un poco más cerca de ese cielo tan azul que observas con inocencia. El telescopio nunca llega, solo otra sosa muñeca, con la que te hacen jugar a la mamá.

A los once años tienes una profesora de tecnología demasiado entusiasta con el proyecto de fin de curso para tu gusto. Aunque cuando anuncia que van a construir una casa de cartón con luces y todo, no puedes evitar entusiasmartelo tú también. Hasta que la profesora aclara que los niños harán la casa y las niñas coserán una muñeca de trapo. No puedes evitar preguntarte cuál es la obsesión de todo el mundo con las niñas y las muñecas y protestas en voz alta que tú también quieres hacer una casa, pero ningún adulto escucha tus reclamos.

Creces y a los diecisiete, después de pensar mil opciones y que la ciencia no deje de llamarte, estás segura de qué quieres estudiar en la universidad. Así que cuando tus profesores te lo preguntan, exclamas, orgullosa, que ingeniería. Laura, una de tus compañeras, contesta que también le hubiera gustado estudiar ingeniería, pero que su padre no cree que le dé la cabeza y que debería buscarse una carrera más apta para ella. Laura no cuenta, en cambio, que su padre nunca puso en duda las habilidades de su hermano mayor, a pesar de que es la tercera vez que hará materias de primer año. Nunca descubres qué aptitudes ve el padre de Laura en su hermano que no ve en ella.

Vas a inscribirte en la universidad, un poco ansiosa, un poco temerosa, pero sin pensar en un segundo en echarte

para atrás. Mientras llenas el formulario de inscripción, la secretaria te pregunta cuatro veces si estás segura de que quieres estudiar ingeniería eléctrica, a lo que solo contestas con una cortés sonrisa. Cuando tu amigo Lucas se anota después de ti, la secretaria no le cuestiona ni una vez si está seguro de la carrera que ha elegido.

Durante tu primer año te parece curioso escuchar más de una vez que las ciencias duras son “cosas de hombres”. Lo escuchas de tus amigos, de tu familia, de desconocidos. Incluso entre broma y broma de tus mismos profesores. No tienes idea de qué implica que las ciencias sean “cosas de hombres”. Si hay alguna habilidad que tengan tus compañeros para las ciencias que tú no la tengas, lo desconoces completamente. Pero las personas a tu alrededor no paran de repetirlo, nunca paran.

Estas terminando tu segundo año cuando una chica de otra comisión y uno de tus compañeros sacan diez en el final de una materia. Te alegras por ambos inmediatamente, aunque a los pocos días escuchas a los chicos comentar que Silvia solo ha sacado diez “por ser mujer”. Frunces el ceño y les preguntas qué quieren decir con eso. Solo hay miradas cómplices y sonrisas socarronas que te dejan bastante en claro que para ellos “por ser mujer” no es para nada un cumplido. Por supuesto, nadie nunca cuestiona la nota de Matías.

¿Por qué motivo lo harían?

Estás en tercero cuando una de tus amigas se recibe con honores de ingeniera mecánica. En medio de la euforia por el logro alcanzado, te confiesa que tiene miedo de buscar trabajo porque sus profesores le han dicho que las empresas no contratan mujeres. Al parecer, las mujeres distraen a sus operarios y no pueden arriesgarse a eso.

Con el tiempo, te cansas. Te cansas de los comentarios despectivos de tus profesores respecto a tu género y de la condescendencia de tus compañeros. Así que dejas de callarte cuando alguno de ellos dice algo que no te parece adecuado. No estás buscando un trato diferencial, sino ser tratada igual que los demás. No estás segura de que vaya a funcionar, pero no piensas cansarte de tratar.

Y un día uno de tus amigos te pregunta si alguien te ha prohibido estudiar ingeniería. Y entonces la pregunta resuena en tu cabeza, porque no puedes dar una respuesta concreta. Lo lógico hubiera sido decir que no. Nadie ha prohibido que anotes tu nombre en la hoja de inscripción, como hubiera podido suceder en 1950. Nadie te ha cerrado las puertas de las aulas, ni te han mandado a casa a hacer tareas del hogar. Pero el “no” no escapa de tus labios.

Así que te preguntas quién te lo ha prohibido, mientras escuchas a tu madre cuestionar por qué no has elegido una carrera más femenina.

Y te preguntas quién te lo ha prohibido, cuando tus compañeros comentan como una de las chicas ha aprobado la materia solo porque sale con un profesor.

Y te preguntas quien te lo ha prohibido, sentada en la clase donde solo notan tu presencia para usarte como ejemplo al hacer un comentario despectivo sobre corte y confección.

Te preguntas quien te lo ha prohibido, leyendo en el diario como todos los cargos gerenciales piden varones.

Te preguntas quien te lo ha prohibido, sentándote sola en clases, junto a los asientos vacíos pertenecientes a todas las niñas a las que sus padres le han negado un juguete relacionado a las ciencias, a todas las adolescentes a las que han convencido que no serían capaces de estudiar ingeniería, a todas tus antiguas compañeras que no han soportado la presión de las miradas lascivas de algunos de tus profesores.

Te preguntas quien te lo ha prohibido.

Hasta que un día te preguntas, ¿quién NO te lo ha prohibido?

Inalterable

Por **Emiliano José García Barraza**

Un relámpago iluminaba la totalidad de la caverna mientras formaba una silueta homínida en la entrada. Un tigre dientes de sable yacía muerto bajo una caótica tormenta a pocos metros de ese refugio natural. La fogata dentro, ardía embravecida, tal como había sido la lucha entre el prehistórico depredador félido y un hombre de Neandertal, cuya figura se clarecía con el fuego mientras entraba malherido. Había ganado momentáneamente el duelo. Su hijo aún lactante, lloraba en brazos de la madre, como intuyendo lo que iba a pasar. Víctima de una certera mordida este padre, tratando de contener la herida en su abdomen con las manos, cayó al suelo al lado de su familia. Los tres unidos por última vez en el calor de las llamas. Moribundo en el piso, extendió el brazo para acariciar a su bebé pero no pudo. Sus dedos quedaron apoyados sobre una de las rocas que rodeaban a las brasas, las cuales se extinguían como su aliento.

Instantánea y paralelamente en la continuidad del espacio-tiempo, varios milenios después en el futuro, se encontraba un anciano del imperio romano. Era un veterano asesor táctico del ejército. Estaba parado frente a sus nietos. Ellos siempre oían atentamente sus historias, las cuales describían grandes victorias y hazañas. En esta ocasión, uno de sus descendientes más grandes le preguntó:

—*Abuelo, ¿cómo es posible que hayas luchado en tantas contiendas y no tengas ninguna cicatriz de combate?*

—*¡Mi lid estaba más allá de la arena de batalla, hay armas que no hieren de muerte, pero ganan guerras!*, respondió el viejo.

Instantánea y paralelamente en la continuidad del espacio-tiempo, un milenio después en el futuro, unos largos cabellos flameaban como banderas revolucionarias con el viento. Esa melena insurgente pertenecía a una muchacha, la cual corría, buscando salir del pueblo aquella oscura noche pos medieval. Una horda enfurecida iba tras sus pasos. Antorchas, lanzas, espadas y un sinfín de artefactos de tortura improvisados reflejaban el odio que tenían sus poseedores. Con una mezcla de miedo y convicción típicos de una adolescencia rebelde, la joven abrazaba con tesón aquel objeto en su pecho mientras sus piernas entumecidas suplicaban descanso. Saliendo ya del poblado, entró en la espesura de un estrecho bosque. Los ladridos de la jauría que acompañaba a la muchedumbre siguiéndola resonaban entre medio del aquel robledal, perturbando hasta la más venenosa alimaña. La fugitiva dio la última zancada para salir de la maleza y divisó aquella casa en medio del llano. Ese edificio gótico de dos pisos era su destino. Al llegar golpeó la puerta con toda fuerza. Sus persecutores ya estaban cerca. El sueño del filósofo que residía en la morada se interrumpió con el ruido proveniente de abajo. Rápidamente tomó un candelabro, se puso una bata y bajó. Al abrir la reconoció. Era su discípula, quien lo recibió con una sonrisa, como si todas las emociones que sentía hasta ese momento hubieran decantado en felicidad. El maestro entendía bien lo que estaba pasando. Con el instinto de un buen padre, intentó ponerse delante de ella para protegerla. Ésta lo detuvo.

—*¡No permitiré que te castiguen y hagan daño por tus ideales!* —dijo él.

Ella le entregó aquel elemento que tenía en sus manos mientras le decía:

—*¡Por favor, difúndalo entre todos. No importa lo que me pase, ahora soy libre!*

Un segundo después, una lanza atravesó su espalda a la altura del corazón.

Instantánea y paralelamente en la continuidad del espacio-tiempo, siglos después en el futuro, la paz de un tranquilo barrio norteamericano de los 70s se veía interrumpida por la discusión de aquel matrimonio. Él era ingeniero del laboratorio propulsión de la NASA y usaba las pocas horas libres que tenía para mejorar un Sistema Guía. Su esposa le reclamaba la falta de tiempo dedicado a la pareja y rechazaba aún más que su marido trabajara también en casa, donde tenía una réplica del instrumental que usaba en el laboratorio de Cabo Cañaveral.

—*Me cansé, quiero el divorcio —vociferó ella, mientras armaba unas valijas.*

Él, concentrado y a la vez muy agotado, por poco le responde con palabras propias del lenguaje de programación Fortran que estaba usando. Ella siguió gritando:

—*i Todo el tiempo piensas únicamente en tu proyecto, nunca en mí, me voy lejos, muy lejos de ti, te vas a quedar solo y para siempre frente a ese computador!*

Con un bostezo y durmiéndose arriba del anticuado teclado, el aplicado trabajador, dijo en voz baja:

—*No querida, yo viajaré hacia a las estrellas.*

Instantánea y paralelamente en la continuidad del espacio-tiempo, llegando al principio del siglo XXX estaba aquel profesor universitario frente a sus alumnos. La gran pantalla transparente delante de él era lo que hace años atrás sería un pizarrón. Estaba repleta de ecuaciones. Era un curso introductorio de “Materiales de Interacción Nuclear Alterada”. Una asignatura básicamente teórica, que describía la utilidad de manipular las partículas fundamentales de la materia de tal manera para que las moléculas, que cuidadosamente dispuestas, quedaran solidificadas. El resultado era la obtención de elementos un millar de veces más resistentes que el sólido más férreo de la galaxia. Al final de la clase, uno de sus alumnos más interesados le planteó:

—*Profesor, crear sustancias con esas propiedades es poco probable aún en la actualidad, además de tecnología inexistente requeriría también una gran cantidad de energía.*

—*Estas en lo correcto, sin embargo ya hay objetos con esa característica “de indestructible” y sin usar la alteración molecular —contestó satisfecho el catedrático.*

Todos en el aula quedaron perplejos al oír esto.

Instantánea y paralelamente en la continuidad del espacio-tiempo un millón de años después en el futuro, se llevaba a cabo el ENCUENTRO SINCRÓ-TEMPORAL MULTIVERSAL. Era una reunión cultural que realizaban de modo habitual las formas de vida más inteligentes y desarrolladas de este universo, y de los universos contiguos. Se celebraba en la llamada “coincidencia total”, un tipo de ubicación-momento singular (acordado en conjunto) que permitía a cada ente asistir al punto de reunión de forma inequívoca y exactamente puntual. Lo atractivo en esta nueva edición era la bienvenida a la Civilización Humana. La misma había alcanzado un desarrollo sorprendente en todo aspecto en un lapso relativamente breve en comparación al que le tomó a las demás. Algo curioso era, que más allá del avance mental, intelectual, social y espiritual a través de los milenios, la humanidad había decidido mantener invariable su cuerpo físico del siglo XX (sin evolucionar pero libre de enfermedades y defectos genéticos), esto lo hacía solo a manera de tradición. Había una ronda amplia y estaban dos humanos iniciando una disertación en el centro. Al lado de ellos, una bandeja ovalada de oro levitaba a un metro y medio de altura. El denso círculo espectador estaba compuesto por varios tipos de entidades. Tenían diferente apariencia, unos eran sustanciales y otros solo eran formas de energía perceptible. Escuchaban atentamente la exposición (para entonces ya había un idioma único, aunque algunos captaban todo a través de lo que sería su mente y sin usar sentidos). Si se les podría atribuir alguna expresión sería la de admiración e intriga. Deseaban saber cómo habían logrado ese acelerado avance y explosión tecnológica. Esto era sorprendente pero, no casual. La evolución humana se había impulsado vertiginosamente gracias a su mayor creación; una genialidad resultado de la causalidad. En la época de las cavernas, la sangre de un Neandertal sobre una piedra dio inicio a los garabatos sobre superficies y a un nuevo Mundo. Mucho tiempo después, ya en la antigua roma, los escritos sobre estrategias de guerra comercial derrocaban imperios sin usar tropas. Aquella aprendiz de filosofía que al extender sus brazos de bondad y escribir sus ideas libertarias de bien común, puso en riesgo el poder de las magistraturas corruptas del medioevo con sus insurrectos textos. Las miles de hojas escritas en código Fortran que formaban el software que usaban las computadoras de las sondas Voyager 1 y 2, que fueron los objetos creados por el hombre que en el siglo XXI más lejos estuvieron del sistema solar. Todas estas historias (de las infinitas que hay) lo tienen a Él como mentor y protagonista. Al igual que al cuerpo anatómico, los humanos del futuro, por

tradición también lo mantendrían inalterable en forma y aspecto. Él es el GRAN INDESTRUCTIBLE. Estuvo eternamente por encima de cualquier producto tecnológico, siempre latente, nunca preceder y sirvió de motor para cada progreso. Tal como lo es el átomo a la materia, su elemento fundamental es la escritura; su esencia la información. Los seres humanos llamarían a este catalizador evolutivo: "LIBRO".

Luego de que terminara la exposición, cuyo tema central fue esa particular invención, la bandeja flotante se iluminó desde arriba y apareció sobre la misma el primer ejemplar del Origen de las Especies de Charles Darwin. Los expositores invitaron a observarlo de cerca sin temor. El público se acercó lentamente. Era extraño, ya que casi toda sociedad universal e inter-universal había tenido las más lentas y tortuosas maneras de evolucionar. Esto planteó un nuevo paradigma y punto de partida, se podría ayudar a las masas vivientes menos formadas intelectual y evolutivamente a crecer con este instrumento. De ahí que esta herramienta pasó de ser inherente sólo al ser humano, a ser propiedad de toda vida descubierta y por descubrir. Y así, que el libro fue, es y será perpetuamente, un hacedor de conciencia infinita e ubicua, cada vez que se lee uno... se abre un Universo y se le da impulso a la Vida.

La FACET y la Matemática

Por **Armando Alfredo Danun**

Las aulas del block 1 son nuestra primera casa,
empezamos a ser parte de una sucesión de jóvenes
que pasan por una terrible y tenebrosa área que es, la matemática.

A veces oscilamos: estamos arriba y luego estamos abajo.
Buscamos el punto medio, pero muchas veces caemos al ínfimo.
Cuando te quieres dar cuenta! Ya estamos empezando de nuevo, desde cero.

Son tantos conceptos, tantos símbolos, tantas proposiciones.
A todas estas relaciones, las debemos integrar!
Pero aquello que tanto nos cuesta, no lo podemos derivar,
ni mandar por la tangente.

Debe nacer de nosotros, aquel motor que nos genere
un subespacio de ideas, talentos y ganas de continuar
No tener saltos finitos y mucho menos un salto que nos haga caer en el menos infinito.

Cuesta encontrar a veces una base, que sea un disparador de nuestros sueños.
La vida parece una parábola convexa, hay que apuntar al vértice
quizá con suerte lleguemos a los extremos del lado recto.

Las cosas se presentan de forma tan determinante, las soluciones
a nuestra ecuación están dadas en términos de los parciales
Los finales, mesas especiales... tantas condiciones de bordes!

Sin embargo, aquella ecuación es tan mágica
Es exacta y hace que toda solución siempre valga la pena.
No importa cuánto nos neguemos a quererla, ella es bella

Está en todo y al final del camino
la matemática siempre te termina convenciendo...

Vecinas

Por **Andrea Hong**

Bajé a abrirles a mis viejos, me habían estado ayudando a terminar los detalles de la mudanza. Si bien estaba agradecida con su colaboración, no veía las horas que se vayan para estar sola en mi nuevo hogar.

Entré al departamento y me puse a acomodar las últimas cajas, había sido un fin de semana cargado de muchas emociones pero gracias a la cantidad de cosas que había por hacer pude sobrevivir.

Una infidelidad, separación abrupta, irme del departamento que compartíamos, llantos, puteadas, humillación, volver a la casa de mis padres, días de licencia en el trabajo. Me vi en la obligación de empezar a sanar. Un mes después estaba mudándome a un departamento de una habitación con balcón y en parte, retomando mi vida, que había entrado en un impasse por alguien que no valía la pena.

Llevé las cajas vacías al lavadero y puse la pava, necesitaba inaugurar mi nueva vivienda con unos mates de domingo. Me senté con el termo a la par del Página 12 cuando me tocaron la puerta. Pensé que eran mis viejos volviendo a buscar algo que se olvidaron durante la mudanza, aunque me llamó la atención cómo habrían hecho para subir, pues todavía no les había dado un juego de llaves, y para ser sincera, no estaba en mis planes hacerlo.

Era mi vecina. De los tres departamentos por piso, el mío estaba en un extremo y al frente había dos más grandes, uno donde vivía ella y en el otro una pareja de jubilados. Había venido a saludar. Charlamos un rato en la puerta, nos presentamos y me pasó su número por cualquier cosa. Se llamaba Fabiana.

Transcurrieron un par de meses y mi vida fue retomando su forma. O adoptando una nueva. Ya me sentía mejor, había vuelto al trabajo y estaba muy contenta con mi nuevo hogar. Salía mucho con mis amigos y hacía todas las cosas que, sin darme cuenta, me había privado durante esos años de noviazgo.

A Fabiana la cruzaba de vez en cuando en el edificio. A diferencia de otros vecinos, siempre entablábamos una charla, por más cortita que fuera. Era una persona muy alegre, de las que siempre sonríen y transmiten esa alegría.

Una mañana, esperando el ascensor, vi salir un chico de su departamento. Se acercó a esperar, saludándome cordialmente. Era un hombre de unos treinta años, muy apuesto. Facciones bien marcadas y corpulento. Sin embargo, algo en su cara no me transmitía tranquilidad. Me generaba esa sensación de tener que estar alerta, no poder relajarme. Bajamos juntos, y si bien no ocurrió nada en especial, fue un viaje incómodo. Hubiera preferido bajar los once pisos por las escaleras antes de compartir un ambiente de un metro cuadrado con ese ser. Motivos: no había. Simplemente una sensación.

Ese día comenté lo sucedido con una compañera del trabajo, quien sutilmente me dijo que estaba celosa de ya no ser la única soltera del piso y, como venía haciendo recurrentemente, me dijo que debía empezar a conocer gente. Lo contenta que iba a estar con un hombre al lado. Ahí fue cuando dejé de escuchar. Pocas cosas me molestan tanto en esta vida como la absurda creencia de que una persona es más feliz cuando está en pareja. No es que me había cerrado al amor, pero estaba en un momento de mi vida redescubriéndome y muy a gusto conmigo misma. Y no tenía intenciones de forzar una situación, para, probablemente, alterar esa paz.

Empecé a ver a José, así se llamaba el muchacho, más seguido por el edificio. Siempre sentía que él me miraba mal, con desprecio. Pero seguramente eran impresiones mías. Una vez me la crucé a Fabiana sola en el ascensor y le pregunté cómo andaba. Me dijo que estaba muy feliz, que "Jo", sí, así le decía, era un tipazo y estaban viendo de irse a vivir juntos, a su departamento. Puse mi mejor cara y la felicité, aunque por dentro todas las inseguridades y temores basados en experiencia propia, las cuales creía superadas, afloraban. Pensé en decirle si estaba segura, que era un gran paso, se conocían hace unos meses nomás, pero me llamé al silencio. Quién era yo para meterme en la vida de mi vecina buena onda.

Se mudaron juntos y no pasó un mes de convivencia cuando empecé a notar cosas. Fabiana no era la misma de antes. Ya no sonreía como siempre, se la veía cansada, con la mirada perdida. Cuando los cruzaba a ambos ella siempre iba detrás de él y evitaba establecer contacto visual con los demás. Inclusive empezó a vestirse diferente, menos colores y prendas más discretas.

Domingo por la noche, estaba yéndome a dormir cuando escuché gritos. Eran en un solo sentido. Él gritaba y ella lloraba. No me acerqué a intentar descifrar qué decían. Los asuntos de pareja son de a dos, recordando los dichos de aquel viejo nefasto de la televisión. Me fui a dormir. Me despertaron a las cuatro de la madrugada golpeando mi puerta. Era la policía.

Cuando vi por la mirilla supe qué había sucedido. Abrí la puerta y hablé con el oficial a cargo, buscaban información sobre esa noche. No me animé a preguntar qué había pasado, no hizo falta. El pasillo estaba lleno de efectivos policiales, y se veía a la pareja de ancianos en pijama en una situación similar a la mía. La puerta del departamento de Fabiana estaba abierta, y por ella transitaban muchas personas. En un momento, el hombre me hablaba pero no podía escucharlo, mi cabeza estaba en otro lado. Mi vista estaba fija en ese plástico negro, que salía sobre una camilla del departamento. Me empezaron a brotar las lágrimas.

Tuve que ir a declarar a la comisaría. Además, me tocó identificar a José. Esa madrugada, fue encontrado a unas cuadras del departamento en estado de shock. El portero fue quien dio aviso a la policía. Lo había visto abandonar el edificio en un estado alarmante. Llamó al departamento de Fabiana para ver si estaba todo bien y al no obtener respuesta se contactó con la policía. De todas maneras, ya era demasiado tarde.

Qué bronca. Cuánta culpa. Le podría haber mandado un mensaje, intentado hablar con ella a solas, pedido ayuda. Haber sido su voz, cuando su boca estaba tapada.

Me fui a los de mis viejos unos días. No soportaba estar en el departamento, salir y tener que ver esa puerta. Protegiendo muebles, porque personas ahí ya no viven. Pienso, una puerta supuestamente nos protege de los de afuera, pero, ¿quién nos protege de los de adentro?

Si vos o alguien que conocés vive alguna situación de violencia, llamá gratis al 144 o buscá algún centro de atención cercano.



cet

REVISTA DE CIENCIAS EXACTAS E INGENIERIA
FACULTAD DE CIENCIAS EXACTAS Y TECNOLOGÍA